

Judith Wajcman,
Feminism confronts technology

Cambridge, Polity Press, 2000.

Donna J. Haraway
The companion species manifesto. Dogs, people and significant otherness

Chicago, Prickly Paradigm Press, 2003.

El análisis feminista de la ciencia y la tecnología ha sido, contrariamente a lo que desde diversos frentes se le viene reclamando, abundante, e incluso podría afirmarse que avanzado con respecto a otras disciplinas. Como ejemplo de ello puede citarse el análisis de Shulamith Firestone acerca de las tecnologías reproductivas a finales de los sesenta o los complejos y ricos debates en torno a la epistemología feminista de la ciencia que tienen lugar desde la década de los setenta del siglo veinte. Donna Haraway es un referente obligado en el análisis teórico de la tecnología y sus consecuencias para las mujeres desde la publicación del sugerente «Manifiesto para cyborgs», fechada en 1985. Este manifiesto ha sido un texto de cabecera para los análisis feministas de la tecnología, así como para nuevas voces que han surgido paralelamente al desarrollo de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, tales como el ciberfeminismo. Judith Wajcman, por su parte, ha trabajado en torno al análisis de la tecnología como parte de una cultura masculina «de élite», proyecto político del cual quedan excluidas las mujeres. Ambas autoras han puesto de manifiesto la importancia de las relaciones de producción y reproducción en el análisis conjunto del género y la tecnología.

Judith Wajcman comienza su texto *Feminism confronts technology* con una exhaustiva panorámica de lo que han sido las críticas más relevantes a la ciencia y la tecnología desde el feminismo. Estas críticas comienzan a surgir en la década de los setenta del siglo veinte y en la actualidad son un punto fundamental del análisis feminista, en el contexto de la globalización y los debates en torno a las nuevas tecnologías comunicativas y reproductivas. Se refiere a las posturas más relevantes en la crítica científica desde la epistemología feminista, a la vez que plantea las razones por las cuales las mujeres quedan excluidas de la tecnología. Para Wajcman, la exclusión de las mujeres del ámbito tecnológico, así como su propia renuencia en muchos casos a participar en el mismo, está íntimamente relacionada con el carácter culturalmente masculino de la empresa tecnológica. Así, la tecnología es percibida como un campo cargado de valores androcéntricos, asociados a los varones, y de valores misóginos, con lo que la aportación de las mujeres a lo tecnológico queda invisibilizada a la vez que es denostada. Así, la

tecnología puede ser examinada, como lo es en esta obra, como una manifestación más de las desiguales relaciones entre los géneros.

Judith Wajcman reclama que el cambio tecnológico no ha transformado significativamente la división sexual del trabajo, e incluso ha perjudicado a las mujeres en términos de una precarización laboral femenina cada vez más acusada o en el fenómeno alarmante de feminización de la pobreza a nivel mundial. Por otra parte, es necesario tener en cuenta que la integración masiva de mujeres en una determinada actividad laboral va inexorablemente acompañada del desprestigio de la misma y, a menudo, de una reducción salarial. Así, Wajcman afirma: «el proceso de feminización es en ocasiones parte del cambio tecnológico.» La relación de las mujeres con la tecnología se encuentra claramente relacionada con lo que socialmente se establece como «competencia técnica». Nuestra autora argumentará quién y de qué modo han construido este concepto, que resulta ser constrictivo y restrictivo para las mujeres.

El tercer capítulo está exclusivamente dedicado a las tecnologías reproductivas y sus implicaciones para las mujeres, y lleva el sugerente subtítulo de «puesta en manos de los hombres». El debate en torno a las tecnologías reproductivas ha sido un tema clave en la agenda feminista de los últimos años. Cuando la investigación acerca de este tipo de técnicas era todavía incipiente, desde el feminismo se valoraron muy positivamente por sus implicaciones para el autocontrol de las mujeres sobre su propio cuerpo. Shulamith Firestone consideró que estas tecnologías liberarían a las mujeres de lo que ella denominaba «la tiranía de la reproducción». Sin embargo, en la actualidad, son numerosas las voces que desde el feminismo argumentan que son tecnologías que, en última instancia, refuerzan el rol tradicional de la mujer-madre. Wajcman se refiere a «una poderosa ideología de la maternidad», entendida «como imperativo biológico más que como relación social.» De este modo, la pregunta sugerida por Wajcman cobra un importante significado: ¿en manos de quién se encuentran las tecnologías de reproducción?

La tecnología doméstica es asimismo analizada de forma concreta, partiendo de la base de que la introducción de este tipo de tecnologías no ha producido los efectos que hubieran sido deseables desde el punto de vista del género: una redistribución de las tareas domésticas y una reducción de la carga en términos generales. De nuevo el subtítulo que precede a la argumentación nos da ciertas claves para comprenderla: «¿ahorro de trabajo o esclavización?». Sostiene que el número de horas de trabajo doméstico no sólo no se ha reducido, sino que se ha incrementado al aumentar también las expectativas en torno a la productividad de las amas de casa: el trabajo doméstico nunca se completa. Contrariamente, estas tecnologías domésticas sí han reducido el tiempo que los varones invierten en las tareas del hogar. Por otra parte, la tecnología doméstica utilizada por las mujeres no es reconocida socialmente como competencia técnica, entroncando con las consideraciones iniciales de Wajcman acerca de la construcción social de este tipo de competencia. La autora analiza asimismo la propia casa como constructo tecnológico generizado, de tal forma que hace interseccionar la perspectiva de género con los diseños arquitectónicos y urbanísticos y la división sexual del trabajo.

Judith Wajcman nos previene de las interpretaciones biologicistas y esencialistas que

pretenden explicar la compleja relación de las mujeres con la tecnología. Su propuesta ahonda en la construcción de una tecnología no androcéntrica mediante una socialización tecnológica igualitaria entre varones y mujeres, así como una desactivación de la tecnología como cultura masculina, aumentando así la participación activa de las mujeres en este ámbito. Esta obra, publicada por vez primera en 1991, conserva toda su vigencia para un análisis feminista pertinente de la tecnología.

Donna Haraway ha venido reclamando también, al igual que Wajcman, una revisión de la tecnología como producto patriarcal del que han quedado excluidas las mujeres (adscritas a la naturaleza, y no a la cultura, en una dicotomía que considera obsoleta y constrictiva.) En numerosas ocasiones ha advertido también de los peligrosos argumentos esencialistas procedentes de lo que ella denomina «mujerismo», que en cierto modo legitiman una vinculación de las mujeres con la naturaleza vía reproductiva. En su reciente trabajo *The companion species manifesto. Dogs, people and significant otherness*, Haraway da otra vuelta de tuerca a su búsqueda de sujetos en la era tecnocientífica. Si en su primer manifiesto, protagonizado por los cyborgs (híbridos de máquina y organismo, producto de la postmodernidad), reclamaba «cyborgs para la supervivencia de la Tierra», en esta ocasión son los perros (también, según ella, imbricados de lo humano, lo no humano y lo tecnológico) los que se dedicarán al rastreo tecnocientífico con un nuevo lema: «*run fast, bite hard*» («corre rápido, muerde fuerte».) Este manifiesto, en palabras de su propia autora «es una historia de biopoder y biosocialidad, así como de tecnociencia». Haraway considera que, pasado el fin del milenio, su propuesta ontológica, el cyborg, ya no alcanza la capacidad crítica que sí pueden alcanzar los perros. Se refiere a los perros como «compañeros de viaje, globalmente distribuidos, ecológicamente oportunistas, gregariamente sociales», especies en constante intercambio e interacción con otras especies no humanas y con los propios humanos. Nos advierte al comienzo de su manifiesto que, para que exista una especie de compañía, es necesario que haya al menos dos especies. Esta afirmación inquietante está en la base de su designación de los perros como sujetos de análisis del nuevo contexto tecnocientífico, puesto que su manifiesto es fundamentalmente una narrativa que pone en conexión a los «otros significativos», que establece alianzas entre heterogeneidades, que difumina las fronteras entre lo animal y lo humano, entre el organismo y la máquina.

Como en trabajos anteriores, Donna Haraway ilustra sus nuevas y arriesgadas propuestas con ejemplos tangibles, tal y como son las experiencias de entrenamiento y enseñanza de los grandes perros de los Pirineos o de los pastores australianos. Reivindica para los perros sin raza, parafraseando a Virginia Woolf, una categoría propia dentro de la «*natureculture*», puesto que «cualquiera que haya hecho investigación histórica sabrá que los indocumentados tienen a menudo más que decir acerca de qué forma se articula el mundo que los que tienen un buen pedigrí». A pesar de que Haraway plantea su nueva propuesta como un paso más allá del cyborg, éste resultaba ser más sugerente y operativo para el análisis feminista en particular y, en general, como sujeto para una nueva epistemología de la tecnociencia. Aún así, el segundo manifiesto de Donna Haraway insiste en la ironía y en la provocación, tal y como lo hizo también en el primero, aunque consideramos que con una menor profundidad teórica y con también menores

implicaciones políticas.

CRISTINA JUSTO SUÁREZ.
Universidad Nacional de Educación a Distancia